

OTRAS TARDES

Para la primera clase tuvieron que cambiar de aula porque, como suele ocurrir cuando empiezan los cursos universitarios abiertos al público, vino más gente de lo previsto: alumnas y alumnos de la Facultad, por supuesto (una chica tomaba notas, sin levantar una sola vez la cabeza, en un cuaderno que tenía apoyado sobre las rodillas), señoras de cierta edad que debían aburrirse en casa y distinguían aún en torno a la universidad el aura mágica de la "cultura", aunque fuera difícil imaginar en ellas un interés por la literatura peruana de la colonia, tema del curso, y señores que tal vez pasaban por la calle y decidieron probar suerte, como uno entra a un cine porque le sobran un par de horas. En todo caso, la mayoría no volvió a la semana siguiente, desanimada por el fárrago de fechas, ediciones y variantes con que empezara; regresaron a la pequeña sala que le habían designado en un comienzo y donde Carlos dictaría las lecciones restantes. A partir de entonces fueron el puñado de personas que resistiría hasta el final —si bien unos cuantos, entre ellos la chica de las notas, desertaron a medio camino— y sólo esa segunda tarde advirtió Carlos la presencia de Ana, aunque ella le aseguró después que había asistido a la primera clase, pero sentada al fondo de la sala y detrás de una señora con un gran sombrero. No le sorprendió no haber reparado en ella, aunque la hubiese visto, pues no era el

tipo de mujer que le gustaba: seria, la camisa de seda abotonada hasta el cuello a pesar del calor, moño elegante y anticuado, aire desdeñoso de pocos amigos. Si le llamó la atención fue porque lo miraba fijamente a los ojos, como sin atender a lo que iba diciendo. Carlos sostuvo un momento la mirada y le sonrió, pero ella pareció no darse cuenta. Algo semejante le había pasado el año que comenzó a enseñar: una chica preciosa lo miró durante toda una clase con aire de invitación o sometimiento, y cuando se acercó a ella al salir no lo reconoció sino a duras penas, era más ciega que un topo. Carlos pensó que también Ana debía ser miope y que más valía no hacerse ilusiones; en realidad ni siquiera pensó en esto, no pensó en nada, estaba atento a su clase y la mirada insistente de la muchacha, la propia sonrisa y el encogerse de hombros mentalmente sucedieron un poco al margen. Sin embargo, esa misma noche —se había demorado un poco en el aula, saludando a un viejo profesor suyo a quien no veía desde hacía tiempo— la encontró en el patio leyendo la pizarra de avisos, fue hasta ella como si se conocieran y le preguntó si estudiaba en la Universidad. Ana contestó que no, había seguido un par de años de Letras pero había dejado de estudiar. Salieron juntos. En la esquina Carlos le preguntó dónde iba, ella dijo que a San Isidro y Carlos le propuso llevarla en su auto, creyendo que rechazaría el ofrecimiento. Ana aceptó inmediatamente. En el auto hablaron, con muchos silencios, de la Universidad, se descubrieron dos o tres amigos comunes y entretanto Carlos dudaba si invitarla a comer. Al dejar el centro, con el auto detenido ante los semáforos, se dio vuelta a mirarla y no notó en ella ninguna co-

quetería; le pareció —no estaba seguro— que llevaba un anillo de matrimonio. Le dijo que sus clases debían aburrirla, aunque por cortesía ella debiese negarlo, para saber si volvería a la semana siguiente y no sentir que, por pereza o timidez, desperdiciaba una oportunidad (bajando por la Avenida Arequipa miraba de reojo el perfil fino y grave); al mismo tiempo le molestaba la idea de una oportunidad que debiera aprovechar, esa tensión que advertía a pesar suyo, tan sólo porque una muchacha aceptaba que la llevase a casa. Ana vivía en Orrantía y le pidió que la dejara al lado de un pequeño parque. “Vivo muy cerca” dijo. Se estrecharon la mano y Carlos esperó un momento pero al bajar ella se quedó junto al auto, sin moverse, y luego le hizo sonriendo un gesto de despedida. Carlos se fue pensando que era casada y prefería que el marido no la viese llegar.

Era casada, se lo dijo la próxima vez que se encontraron terminada la clase, salieron juntos como si estuviese convenido y él volvió a llevarla hasta el parque. En el auto hablaron vagamente del curso y Carlos le ofreció prestarle algunos libros. “Se los traigo a su casa” le dijo. “O tal vez sea mejor que nos veamos en alguna parte, tomar un café”. Naturalmente, Ana podía responderle que le llevara los libros a casa y conociese a su marido o que los trajera a la Universidad la semana siguiente. Carlos creyó que iba a decir algo de esto, la vio titubear, llevarse el índice a los labios en un gesto que le recordaba algo, que ya había visto en algún lado. “Tengo que ir al centro mañana” dijo por fin Ana, y él dio por sentado que aceptaba su invitación; le propuso encontrarse en el Bolívar pero ella debía ir a Correos, se encontrarían allá.

Al dejarla Carlos le propuso que se hablaran de tú, el *usted* lo hacía sentirse terriblemente profesoral. "Como quieras" dijo Ana y sonrió viéndolo venir, adivinando y previendo sus jugadas: una sonrisa que se abría lentamente, irónica, un brillo en los ojos. Carlos se sintió de pronto un poco nervioso. Esta muchacha de aire tan serio, se dijo: no me vaya a complicar la vida.

Al día siguiente no tuvo que esperarla mucho. Ana apenas miró los libros y aceptó un café en el Haití. Le habían dicho que junto a la Casa de Oquendo hay otra casa colonial, todavía mejor, que nadie se ocupa en restaurar y esa tarde había entrado a verla. Sí, dijo Carlos, una casa preciosa que se está cayendo a pedazos, sobre todo vale la pena el segundo patio. Hablaron de casa viejas, de lugares más o menos secretos de Lima, restos de la ciudad destruida. Carlos conocía una iglesia de Abajo el Puente en la que se conserva una cruz de madera muy milagrosa: en la pared, al lado de la cruz, los devotos escriben sus mensajes, piden favores, milagros modestos. Recordó o inventó algunas de esas frases y logró hacer reír a Ana; al verla reírse, no lo había pensado antes, le propuso ir a ver la cruz, estarían de vuelta en media hora. Fueron allá atravesando el puente, se detuvieron a ver el río, que traía poca agua. Ana se persignó al entrar a la iglesia. Descifraron juntos las inscripciones: "Santa Cruz ayúdame en mi examen", "Que sane mi hermano cruz bendita", "Tú sabes que necesito una—" y luego una palabra que podía ser *cosa* o *casa*. Ana las leía seriamente y Carlos no las encontró divertidas sino todo lo contrario: no tenía la menor idea de por qué se le había ocurrido venir. En la calle, cegada por la luz después de la pe-

numbra de la iglesia, Ana dijo entrecerrando los ojos que había sido muy interesante. Carlos la tomó del brazo para cruzar la calle y le cogió la mano pero Ana no respondió a su ligera presión y él la soltó enojado, no con Ana sino consigo mismo y su intento de enamorarla, llevado por un sentido fatigoso de obligación masculina. Regresaron más lentamente y sin hablarse por la sombra húmeda y densa. Al llegar a la Plaza de Armas, Ana se despidió tendiéndole la mano. Carlos no hizo nada por retenerla.

Ana le había parecido ofendida o simplemente aburrida, no pensó en darle cita para otra vez, y al empezar la clase siguiente comprobó sin sorpresa que no había venido. Bueno, se dijo mientras ordenaba sus papeles y anunciaba que hablaría sobre el gongorismo, absurdo meterme con ella si ni siquiera me gusta. Ana llegó media hora tarde, agitada, como si hubiese corrido, y le sonrió desde la puerta. Durante el resto de la clase trató de no mirarla porque le daba risa, aunque al cabo terminaba siempre por volver los ojos hacia ella: no estaban mal, después de todo, esos vestidos de tonos suaves y ese moño de señorita antigua. Cuando terminó, un grupo de muchachos alumnos suyos se acercó a él para invitarlo a comer; Carlos se excusó, alegando un compromiso, y trató de deshacerse de ellos, Ana estaría esperándolo y no quería salir acompañado. Se quedó en la sala hasta que se fueron los demás y al llegar al patio Ana no estaba. Sintió un vacío en la boca del estómago, un brusco comienzo de angustia. Dejó la Universidad, fue rápidamente hasta la esquina: en la otra calle Ana caminaba despacio y le dijo que había querido darle tiempo a que la alcanzara. Carlos la tomó del brazo y esta vez,

cuando le tocó la mano, ella respondió a la presión con un gesto de reconocimiento, una caricia. Antes de subir al auto intentó besarla, Ana desvió la cara y apenas si rozó la mejilla con los labios en el aura de su perfume. Luego hablaron de cualquier cosa y, a mitad del camino, Carlos dijo que quería seguir viéndola, ahora que terminaba el curso no iba a desaparecer, tenían que encontrarse cuanto antes. Sintió que la voz se le emocionaba por cuenta propia y se dejó llevar, el silencio de Ana lo exasperaba. Por fin, casi al llegar, Ana prometió que lo llamaría por teléfono al día siguiente. Carlos no trató de besarla otra vez pero creyó, por la mirada de ella o por su tono de voz al despedirse, que estaban de acuerdo, que lo llamaría, que algo comenzaba.

Ese año Carlos había aceptado dar en enero las conferencias sobre literatura colonial para rechazar sin muchos remordimientos las clases de verano que le proponían en la Universidad. Unos meses antes su hermano Alfonso había vendido la casa que fuera de sus padres por un precio excelente y a Carlos, aun después de pagar sus deudas y su departamento en un edificio nuevo de Miraflores (comprado por consejo de su hermano), le quedaba dinero para pagarse las verdaderas vacaciones que deseaba desde años atrás. No tenía necesidades insatisfechas ni pasiones, le sobraba el tiempo. Pasaba las tardes leyendo interminables novelas inglesas del siglo diecinueve, sin la menor relación con sus cursos, en las que señoritas puras y vehementes se aburrían en pueblos de provincias o caminaban por páramos desolados, todo ello lejano y refrescante leído en tardes calurosas de la dilatada ciudad de Lima. Se dormía con el libro abierto sobre el pecho y

despertaba al caer la noche para salir en busca de amigos o a casa de su hermano, donde siempre tenía puesto el cubierto. Alfonso era un hombre perfectamente instalado en el mundo, próspero, cada vez más grueso y sin duda feliz; después del café le servía un viejo pisco dorado, regalo de sus suegros iqueños, y conversaba con él usando el tono cariñoso y protector de hermano mayor que no perdería nunca. Elvira, su mujer, intervenía en la conversación para aconsejarle a Carlos que se casase. Pero la novia de Carlos, la muchacha que fuera su novia, lo había plantado dos años antes para casarse con un ingeniero. Carlos vio en el periódico una foto del matrimonio, la pareja saliendo de la iglesia: ella sonreía con ferocidad, en un gesto tan posesivo que lo único que sintió al verla fue alivio. Luego estaba una amiga divorciada, que fuera su vecina desde la infancia y con quien mantuvo durante años una relación fraternal (bueno, si fraternal, incestuosa: por eso lo plantó la novia) hasta que dejaron de verse porque ella se enamoró de otro, con quien probablemente acabaría por casarse. Por último Cathy, una muchacha americana que tenía un *master* en español, venía al Perú dos o tres veces al año, guiando grupos de turistas, y se internaba en la sierra a fotografiar iglesias coloniales y comprarse ponchos. A veces lo llamaba para comer juntos y hablar de libros (los Estados Unidos habían descubierto a Borges) y en dos o tres ocasiones que tuvo tiempo o humor se quedó con él un fin de semana. Era inteligente, simpática, de piernas interminables y hablaba de casarse con un dentista que la esperaba en Nueva York. Carlos suponía que el dentista seguiría esperando mucho tiempo, Cathy era como los

marineros que besan y se van, observación que no le hizo mucha gracia cuando se la dijo, sin mala intención y llevado por la maldita manía profesional de las citas. Hacía meses que no la veía, se acordaba de ella para preguntarse si había recompensado por fin al dentista paciente, pensaba por alguna razón que ya no volvería al Perú. En fin, esa noche, después de dejar a Ana, Carlos se sirvió un trago al llegar a casa, en una pequeña celebración privada, y reconoció que la muchacha llegaba a tiempo pues; aunque hasta ahora no se lo hubiese confesado, la soledad empezaba a pesarle. Al día siguiente se quedó en casa tratando de leer y esperando la llamada con impaciencia, luego con ansiedad, por último con desánimo. El teléfono sonó dos veces: un número equivocado y una invitación a una fiesta de la que consiguió librarse. Estuvo a punto de llamar a Ana pero no lo hizo, después de buscar el nombre del marido en la guía. Acabó por irse al cine, de mal humor. Dos días después creyó ver a Ana en La Colmena, la siguió desde lejos dudando si acercarse y cuando se decidió no era ella sino una muchacha en verdad muy parecida —el mismo peinado— que lo miró desconcertada mientras él balbuceaba explicaciones. Ana había sido otra ocasión perdida por su lentitud y torpeza con las mujeres. Menos mal que no le importaba gran cosa. Se propuso olvidarse de ella y casi lo había conseguido cuando, a las dos semanas, llamaron una tarde a la puerta y al abrir se encontró con Ana y su sonrisa lenta e irónica. La hizo pasar sorprendido, esperanzado, un poco molesto. En vez de sentarse Ana dio una vuelta por la sala, se asomó al escritorio, al dormitorio —inspeccionando el campo de batalla, pen-

só Carlos y, fatalmente: a batallas de amor campo de plumas— y luego eligió el sillón, no el sofá, de la sala. Tenía algo que hacer en Miraflores y había traído los libros que le prestara. Carlos no advertía en ella ninguna nerviosidad, dudó si ir a su lado y pasado un momento acabó por sentarse al frente. Estuvo a punto de preguntarle qué le habían parecido los libros pero se contuvo a tiempo. En estos casos suena en las películas una música tierna y triunfal y la pareja se acuesta sin perder tiempo (luego fuman desnudos, mirando al techo) pero la situación no parecía tan sencilla. Al sonar el timbre Carlos se adormecía en la siesta y ahora, mientras se pasaba la mano por el pelo preguntándose qué hacer, sentía venir un bostezo. Lo primero un café.

Ana lo acompañó a la cocina y mientras ponía a hervir el agua Carlos se embarcó en un discurso sobre la inferioridad del café en polvo que ahora toma todo el mundo. Eran unas frases que habían sido sinceras pero que repetidas muchas veces, como tantas opiniones mantenidas por pereza que terminaran por ajarse, como ciertas corbatas que usamos demasiado, le permitían pensar en otra cosa mientras las decía. Pensaba justamente en lo que podía decirle a Ana y no se le ocurría nada. Esperaron que pasase el café y quedaron un instante en silencio, frente a frente. Carlos se acercó a Ana e intentó abrazarla, sin muchos ánimos. Ana lo apartó suavemente, él no insistió y dijo lo primero que le pasó por la cabeza, que fue preguntarle cómo había venido. Ana contestó que en su auto. Sólo esa noche, esperando el sueño, Carlos hizo una segunda pregunta: ¿si tenía auto, por qué había ido a las clases sin él? Entonces Ana no estaba a su lado para res-

ponderle y esa tarde Carlos se había ocupado en llevar el café a la sala. Tuvo que explicarle que vivía solo, que por lo general comía fuera aunque era capaz de prepararse algo, que alguien venía a limpiar dos veces por semana y que ese verano no trabajaba en la Universidad porque estaba acabando la tesis: para setiembre le tenían prometida una beca en Europa. Ana lo escuchó con buena educación, con indiferencia, bebió dos tazas de café y se puso de pie para despedirse. Carlos quiso decirle que no le tomase el pelo, preguntarle por qué demonios había venido, rogarle que se quedase con él, tomarla en brazos, aunque no sentía ningún deseo de ella. Le pidió solamente que volviera. Ana dijo que sí, muy pronto, besó el aire junto a la cara de Carlos, uno de esos besos de cortesía que se dan entre señoras, y se fue sin darle tiempo a retenerla. Al cerrarse la puerta del ascensor Carlos protestó en voz alta contra Ana, contra sí mismo: había sido sometido a una prueba y había fracasado. Al llevar las tazas a la cocina se le cayeron al suelo, un desastre, y para peor ya no podría dormir la siesta. Salió a dar una vuelta. Comprendió (estaba atravesando el parque) que Ana no volvería más y cinco minutos más tarde (había entrado a comprar cigarrillos en una esquina) llegó a la conclusión de que era lo mejor. De otra manera vendría a jugar con él, estaría obligado a seducirla —los dos tendrían que fingir que la seducía, practicar insistencias y resistencias más o menos ceremoniales— y después le haría una escena; tal vez ni siquiera llegaran a eso y, aunque no lo parecía, Ana no fuese sino una coqueta. En todo caso pronto habrían empezado las complicaciones, estaba seguro de que no podía enamorarse de ella. Esa

noche Carlos salió en busca de amigos y habló de otras cosas. Al día siguiente decidió salir en vez de dormir la siesta para no estar en casa si Ana regresaba. En la puerta del ascensor se encontró con ella que subía.

Entraron al departamento y, de pie en medio de la sala, la tomó de las manos para mirarla. Llevaba un vestido sin mangas y los hermosos brazos desnudos. "Creí que no vendrías" dijo Carlos y, al ver cómo ella lo miraba, la atrajo contra sí y la besó en la boca, probó la boca caliente, la lengua con sabor a tabaco rubio. Rodeándole la cintura con el brazo la hizo llegar al dormitorio. Ana dijo que había mucha luz. Carlos bajó las persianas, volvió a su lado, la besó, empezó a desnudarla. Hicieron el amor con algo de torpeza, demasiado rápidamente y sin coordinación, con la desconfianza de la primera vez. Ana tenía la piel quemada por el sol y, marcada en zonas muy blancas, las huellas de la ropa de baño, islas nítidas en el mar oscuro. Carlos se tendió a su lado y cerró los ojos; dormía o estaba a punto de dormirse cuando Ana dijo que tenía sed. Fue a traer una botella de agua mineral de la refrigeradora y tardó un poco, buscando el destapador en todos los cajones de la cocina. Ana se había metido en la cama, estaba media cubierta por la sábana y la manta por el suelo. Le dijo que lo conocía desde mucho tiempo antes, al entrar ella en la Universidad él estaba terminando los estudios. En una reunión de seminario lo había visto discutir con otros alumnos mayores sobre poesía pura. Carlos sonrió: tantos años que no se hablaba de eso, que no oía juntas esas dos palabras que evocaban una época distante. Se acordaba de las discusiones pero no

de Ana, aunque trató de imaginarla más joven, los rasgos menos definidos, el pelo suelto. Ana había hecho dos años de Letras, el segundo no se presentó a los exámenes pues estaba por casarse. Carlos también sintió sed, bebió lo que restaba del agua mineral; de la botella todavía mojada por el frío de la refrigeradora bebió el agua que perdía su frescura en el calor de la habitación. Luego fue a sentarse junto a Ana, desnuda y fragante, y le deshizo el moño.

Ana volvió al día siguiente y durante dos semanas casi todos los días, menos los sábados y domingos que salía de Lima con el marido. Una vez, al caer la tarde, le pidió que hiciera como si estuviese solo. Era una tontería pero Carlos aceptó el juego y se quedó leyendo en la cama mientras ella recorría el departamento; la oyó en la sala, en la cocina, en el escritorio, abriendo cajones, revolviéndole seguramente los papeles. En el dormitorio abrió de par en par las puertas del armario y miró la ropa colgada, las camisas y las corbatas una por una. Dijo que era como se lo había imaginado. ¿Cómo se lo podía imaginar sólo con haberlo visto en la Universidad años antes? Ana respondió que lo conocía por Cathy. Carlos se sintió desconcertado: hasta ahora no habían hablado de Cathy, no sabía que Ana la conociera. Cathy debía haberle contado a Ana su vida y milagros, con esa implacable veracidad o displicencia tan suyas. No era mucho, la verdad. Se enteró de que Cathy había estado en Lima varias veces sin llamarlo y Ana no quiso decirle nada más. Así pues, Cathy le había hablado de él, Ana recordó al muchacho que conociera en la Universidad, de quien acaso estuvo enamorada desde lejos,

con el amor de la muchachas tímidas. Podía ser pero ahora cambió de tema. No hablaría de Cathy y menos aun de ella misma. Carlos se dio cuenta de que no debía insistir, que tácitamente ambos habían aceptado las reglas del juego: no se harían preguntas, no tocarían la relación que existía entre ellos. Carlos no aludía a la otra vida de Ana, en casa y con su marido, y ella sólo indirectamente: "Anoche fuimos al cine" decía. "Estamos invitados a una comida" o "Nos acostamos muy tarde". El marido estaba perdido siempre en el plural, pero Carlos le atribuyó los rasgos de un hombre de unos sesenta años y sólo repararía en su error mucho más tarde. Ana habló de su vida una sola vez sin que él se lo pidiera. Sus padres habían tenido un accidente atroz cuando ella era chica: el padre se mató y la madre quedó inválida. En los Estados Unidos, donde vivieron unos años, le hicieron muchos tratamientos a la madre, sin resultado. Los médicos afirmaban (y Ana parecía creerlo) que estaba curada pero le faltaba la voluntad para salir de su casa y hasta para levantarse de la silla de ruedas. Carlos desconfiaba de estas explicaciones y se limitó a decir entre dientes que era una lástima. Ana se encogió de hombros (estaban tomando café en la sala antes de que ella se fuera) y contestó que su madre la detestaba, la había tenido años enteros sin ver a nadie. Al regresar de los Estados Unidos no quiso recibir parientes ni amigos y luego se quejó de que la abandonaban. Una de las pocas personas que veían era al marido de Ana; por entonces no se habían casado, por supuesto, pero aun hablando de esos años ella lo llamaba "mi marido" y nunca por su nombre. Gracias a él su madre la dejó ir a la Universidad, aunque la obli-

gaba a volver inmediatamente después de clase. Carlos podía imaginar el resto: el hombre mayor que se casa con una muchacha de fortuna, sola en el mundo, y luego le da libertad para que haga lo que quiera. No lo convenció su propia historia, no lograba creer que Ana fuese o hubiese sido nunca una muchacha indefensa. De sus relaciones con el marido no decía una palabra, de la madre hablaba poco y con antipatía —para Carlos fue una sorpresa enterarse de que la madre aún vivía, por el tono de Ana la había creído muerta desde años atrás— y en cambio se le iluminaba la cara recordando al padre, que la tomaba en brazos y la lanzaba al aire y, cuando estuvo más grande, le traía regalos a escondidas de la madre. Carlos llegó a preguntarse si Ana no había leído demasiado libros de psicoanálisis pero tampoco se convenció, hacía y deshacía teorías sobre ella y ninguna suficiente. Se contaban historias de cuando eran chicos y descubrieron que habían jugado, con años de diferencia, en una misma casa de Barranco, en un jardín enorme (al menos enorme en la memoria, donde crecen todas las cosas de la infancia), un jardín con estatuas de mármol amarillento. Estos recuerdos hacían las veces de confidencias, aunque en verdad no se entregasen nada. Entre ellos se levantaron defensas hechas de discreción, de grandes silencios que lejos de separarlos los unían y también, al cabo de un tiempo, pequeños rituales privados. Ana inventó un vocabulario secreto y cómico para sus caricias, Carlos recitaba las letanías de su nombre: Ana, Anillo, Ananás, Anacoluto, Anita lava la tina. Nunca se hicieron las promesas comunes entre amantes. Una tarde, conmovido por la inesperada ternura que a veces pro-

voca el placer, Carlos se puso sentimental pero Ana le recordó que pronto habrían de separarse, él a Europa con su beca y ella a su vida de siempre. Lo dijo sin tristeza, pensó Carlos, no le reprochaba qué se fuera, sobre todo no quería depender de él, a quien sin duda reemplazaría muy pronto. Cathy también era así, no le extrañaba que fuesen amigas, pero Cathy no perdía una oportunidad de proclamar sus derechos mientras que Ana, reticente, no proclamaba nada, desconfiaba de las palabras. No la conocía, después de todo, y una vez le dijo que se acostaban juntos sin tenerse confianza, hablaban de muchas cosas pero nunca de ellos mismos, de la relación que existía entre ellos.

—Por eso estoy aquí —dijo Ana—. No me haces preguntas, no me exiges nada, no te crees mi dueño.

Le respondió que esto le convenía perfectamente, Ana era libre de hacer lo que quisiera, podía ir y venir (y quedaba entendido que si un día decidía no venir más no lo tomaría como una tragedia): no sería él quien le pidiese cuentas. Muchas veces se lo había repetido a sí mismo cuando estaba solo, nada mejor que esta muchacha que llegaba dos o tres veces por semana a desnudarse en su habitación y a pasar con él las espesas tardes limeñas del verano, ella misma el verano radiante, piel tibia y salina, placer sin ataduras deseado tanto tiempo. Después de dictar el curso en que la conociera Carlos no tenía más obligaciones durante meses y, a pesar de sus buenos propósitos, aún no había sacado la tesis del cajón del escritorio donde esperaba que recobrase las ganas de trabajar. Dormía hasta el mediodía, a veces iba a la playa, si Ana no venía a verlo leía en casa por las tardes o

visitaba a algún amigo, al caer la noche se daba un baño y salía al cine o a recorrer las calles —había vuelto a su vieja costumbre de vagar por los barrios viejos, dejaba el auto en el centro y caminaba horas enteras—, comía en casa de su hermano o en cualquier parte, antes de acostarse pasaba por los cafés de la Diagonal, leía en cama hasta muy tarde, no era raro que el día lo sorprendiese leyendo. A veces se acordaba de otra muchacha que le ensombreciera los años de la adolescencia con un amor casto, burgués, psicosomático, y que durante mucho tiempo asediara sus sueños como un fantasma: desde entonces Carlos había organizado lo que para sí llamaba una vida de razón, en la que defendía su irresponsabilidad —no decía: mi libertad—, su apatía, sus lecturas, el trato con ciertas personas y lugares. Ana aparecía en la puerta como un regalo, un premio que Carlos sentía merecido aunque no fuese sino por su resistencia obstinada a la infelicidad. No hubiera creído posible hallar una mujer tan semejante a él, con el mismo desapego y una aversión igual por lo definitivo; le gustaba su sensualidad alegre e inventiva y, al mismo tiempo, la ausencia de todo asomo de vulgaridad, ese pudor que fuera lo primero que advirtió en Ana y al que ella no renunciaba. No estaba enamorado, gracias a Dios, y ella tampoco se enamoraría de él. Para probárselo postergaron algunas citas: al despedirse Carlos recordaba que el día que debían volverse a ver tenía que hacer algo urgente (en realidad nada que hubiera podido esperar, aplazarse) y ella cambiaba la fecha o quedaba en llamarlo. También Ana podía avisarle que no vendría durante una semana y él no protestaba ni pedía explicaciones. A fines de mar-

zo el marido de Ana debía irse a Nueva York, por negocios, y Carlos le propuso que viniera a vivir con él unos días. Ana quedó en pensarlo y al final decidió acompañar a su marido: no le gustaba mucho Nueva York pero quería hacer compras. Le prometió una última visita la víspera de su partida y ese día llamó a la hora de almuerzo para avisarle que tenía gente en casa y no estaba segura de poder escaparse. Se hizo tarde y Carlos pensó que ya no vendría. Dieron las seis y estaba fumando, acodado a la ventana, cuando la vio cruzar la calle, levantar la cara hacia él, aunque sin verlo, desde lejos la vio claramente sonriendo para sí en la anticipación del placer. Estuvo ausente quince días y volvió de sorpresa una mañana, antes de lo previsto: esta fue la única vez que vino a verlo por la mañana. Carlos abrió la puerta medio dormido y con dolor de cabeza (había bebido demasiado la noche anterior) y Ana se echó a reír al verlo despeinado, soñoliento, sin afeitarse. Luego, mientras Carlos se afeitaba, Ana, sentada en la cama, le habló del frío que hacía en Nueva York, de las tiendas, el teatro, las multitudes. Carlos tuvo la sensación de que, sin decirlo, se sentía de vuelta a un lugar que era suyo, que había deseado verlo, y por su parte admitió ante sí mismo que la había extrañado.

En la Universidad consiguió que le dieran menos horas de clase que el año anterior. Quería trabajar en la tesis y, si conseguía la beca, irse a Europa a fines de julio, para viajar un poco antes de ponerse a estudiar. Lo cierto es que tampoco se ocupaba de la beca, se le había pasado el tiempo y guardaba en el escritorio un par de cartas sin contestar en que le pedían sus datos. Calcu-

ló que en los meses que le restaban en Lima gastaría un poco más de lo que ganaba, aunque todavía le quedaba dinero en el banco y siempre podría vender el auto antes de irse, alquilar o vender el departamento. En fin, prefería no pensar en eso: el verano había sido un día alegre y libre, terminado demasiado pronto y, sin embargo, larguísimo, como una sola de sus tardes en las que esperaba a Ana, acostado en la cama y con los ojos cerrados, saboreando las horas que la traían lentamente, oyendo los ruidos de la calle que subían hasta él confusos como un zumbido. En abril empezaron las clases y el primer día, mala señal, Carlos se dio un tajo encima del labio al afeitarse y estuvo un buen rato sangrando en el lavatorio y maldiciendo. Luego, en la Universidad, le molestaba la gasa que se puso en la cara y se sintió irritado, con ganas de estar en otra parte. Descubrió nuevamente que no le gustaba enseñar y se dijo —no era la primera vez— que debería buscarse otra manera de ganarse la vida. Comprendía en algunos amigos la vocación de desasnar a los muchachos pero no compartía su entusiasmo y, a medio camino entre los treinta y los cuarenta años, no hallaba ningún mérito social en ser joven, por el contrario le molestaba la demagogia usual, la adulación de la juventud. Pronto el sol desapareció por completo, sobrevinieron los días grises y durante varias semanas lo tuvo a mal traer un resfrío que sólo logró curarse bebiendo mucho pisco con limón. Para peor, el Decano que desde tiempo atrás le anunciaba que debían hablar en serio, cumplió su amenaza y Carlos le dio su palabra de que la tesis estaría terminada para julio. Le aseguró que no le faltaba sino una última mano y no creía mentir

pero, al volver a casa esa noche, la leyó después de mucho tiempo y le pareció que tendría que rehacerla íntegramente. No le gustó lo que llevaba escrito: era mucho peor de lo que temía, redactada en una intolerable jerga universitaria, y el tema que eligiera, la poesía peruana del siglo dieciocho, inútil y hasta inexistente.

Ana lo encontró unos días después tosiendo en medio de fichas, papeles y libros abiertos. Carlos le había estado dando vuelta a la idea de anunciarle al Decano que no escribiría la tesis; si no le renovaban el contrato y no le daban la beca, tanto peor: su hermano Alfonso le había prometido muchas veces conseguirle un trabajo en serio (es decir, según Alfonso, un puesto en que se ganase más dinero, sin relación con la Universidad). Mientras le contaba esto a Ana —estaban sentados en el escritorio— comprendió que no haría nada de eso, que hablaba llevado por la impaciencia, el frío, el desgano: terminaría la tesis de cualquier manera. Ana también se quejaba de la humedad, de la falta de luz que la deprimía mucho. No le importa lo que me puede pasar, pensó Carlos, y se corrigió en el acto: tampoco él se preocupaba por Ana, vaya modo de recibirla entre libros y papeles, como a un alumno que pide fecha para un examen. ¿Por qué habría de interesarle la tesis si a él mismo le aburría? Ninguno de los dos tenía ánimos para nada. Ana fue a la cocina a preparar café, Carlos la dejó ir sola y se puso a ordenar distraídamente las fichas que cubrían la mesa. Hubiera querido trabajar esa tarde, no sentía ningún deseo de Ana, por primera vez su visita parecía una imposición. De pronto se le ocurrió decirle que sería mejor no

verse más. Después de todo, si ella se iba a Chosica como todos los años —le había dicho que durante el invierno bajaba muy poco a Lima— les sería difícil encontrarse. Más valía acabar ahora. Carlos formó mentalmente las frases: todo había sido perfecto, que no se convirtiera en una rutina. No institucionalizarlo. La palabra era seca, excesiva, completamente idiota y Carlos acabó por reírse de sí mismo. En ese momento Ana volvió con el café y anunció que se iría inmediatamente. Ahora Carlos quiso que se quedara, pero Ana estaba de mal humor, volvió a echarle la culpa al clima: ese día no lograban hablar de otra cosa. No veía la hora de estar en Chosica, tal vez volvería a jugar al bridge, el año pasado ella y su marido jugaban casi todas las noches con unos amigos que vivían en Chacra Sana. Carlos no sabía jugar al bridge, tomaba el café mientras Ana le hablaba, la miraba desde lejos, como se mira a una persona del todo ajena. Ana llevaba un traje que no le había visto nunca, un sastre en tono pastel, bien cortado: en ella la sobriedad no significaba falta de imaginación, como en tanta gente, sino cierta elegancia, por más que su elegancia fuera en gran parte tener dinero, haber tenido dinero siempre. Ana debió sentirse incómoda ante su mirada, cogió un libro de la estantería y se puso a hojearlo sin dejar de hablar. También se aburre, pensó Carlos, la pobre se aburre tanto como yo. Recordó que no había vuelto a prestarle libros y que nunca le preguntó si había leído los que le prestara.

La próxima vez que vino (no la esperaba, no debía venir ese día), Carlos sintió un deseo de ella urgente, inmediato, y se desnudaron rápidamente, divertidos ante el propio ardor. Para olvi-

darse del cielo gris bajaron las persianas y encendieron las luces. Más tarde Ana encontró en el fondo de un armario viejos discos de 78 revoluciones que Carlos creía perdidos, mambos que le recordaron otros tiempos, cuando la orquesta de Pérez Prado estuvo en Lima con esa bailarina rubia de piernas espléndidas —¿cómo se llamaba?— y tocó en el baile del Terrazas. Ana era muy chica entonces, no podía acordarse. Carlos le habló de las fiestas de su adolescencia, reconociendo que al contar las mejoraba mucho. Ella había aprendido a bailar tarde y mal, su madre no la dejaba salir, pero siempre le gustó la música y cuando vivían en los Estados Unidos se pasaba los días enteros echada en la cama escuchando discos. Carlos le enseñó a bailar el mambo, al menos le aseguró que eso que bailaron interrumpidos por la risa era el mambo. Más tarde, al quedarse solo, se dio cuenta de que bailando con Ana se había sentido despreocupado y feliz, la música que no oyera durante tantos años fue un buen recuerdo, aunque falso, pues había sido un muchacho triste y más bien desgraciado: después de ese baile en el Terrazas, por ejemplo, se emborrachó absurdamente para borrar algo que sentía como una humillación, volvió caminando a casa en la madrugada desde una taberna de Surquillo y vomitó varias veces en la calle, pero al escuchar nuevamente los discos, bailando con Ana y besándola en el cuello, fue como si inventara nuevos recuerdos.

Esa fue la última vez que la tarde pasó sobre ellos sin que la sintieran, como durante el verano. Ana le advirtió que mientras estuviese en Chosica vendría poco: no le gustaba manejar en la carretera en la que se había matado su padre. Carlos se dedicó a

reescribir su tesis. En sus años de estudiante solía recoger fragmentos, versos aislados, dos o tres palabras juntas de poemas coloniales peruanos en los que sucedía algo, una pequeña explosión (o las palabras eran los restos de esa explosión), no porque el autor tuviese talento sino por simple casualidad o generosidad del idioma. Carlos anotaba estas sorpresas, esbozaba teorías más o menos descabelladas sobre la poesía, la colonia, el Perú. Con el tiempo fue olvidando las citas y las teorías, que tan bien sonaban discutidas entre amigos, y el trabajo se volvió más preciso, documentado e insignificante. Logró aclarar dos o tres fechas en las vidas de escritores de tercera línea, descubrió en bibliotecas de convento unas cuantas ediciones no mencionadas en las bibliografías, leyó —tomando minuciosamente notas en fichas de distintos tamaños— libros y manuscritos que nadie había tenido la paciencia de leer. El resultado no le gustaba. No era tan vano como para menospreciar la erudición, en otros deslumbrante: en otros, justamente, no en él. ¿Para qué terminar un trabajo tan falto de imaginación, de esa organización artística que es el secreto de los maestros? “No me ha llamado Dios por este camino” se decía Carlos, sirviéndose de una frase de su madre. El Decano se fue un par de meses a Europa, invitado por una universidad, y al regresar le anunció que podía contar con la beca pero que antes debía doctorarse. Carlos dictaba clase por las mañanas, trabajaba en casa por las tardes, por las noches se sentía demasiado cansado para salir, aunque sin sueño: sentía la garganta irritada de tanto fumar, bebía un poco antes de dormirse y al despertar le dolía la cabeza y tenía la boca amarga. Hubiera querido abandonar

la tesis y hasta la carrera universitaria pero no sabía qué otra cosa hacer. ¿Hablar con Alfonso, que seguramente podría conseguirle un puesto? ¿Pasarse ocho horas al día, once meses al año encerrado en una oficina? Más valía aceptar la beca y en Europa le sobraría tiempo para pensarlo. Lo malo es que el viaje tampoco alcanzaba a interesarle, llegaba demasiado tarde. Años atrás hubiera estado lleno de expectativa, de preguntas. Muchos de sus amigos habían partido cuando él era estudiante y participó en sus descubrimientos desde Lima, donde siempre se fue quedando: primero quiso terminar los estudios, luego vino la última enfermedad de su madre, se puso de novio y pensó en casarse, se le presentó la oportunidad inesperada de enseñar en la Universidad. Entretanto Europa dejó de ser algo que se descubría y se transformó en una dirección de París o Barcelona a la que Carlos ya no escribía, amistades lejanas que se fueron deshaciendo, como tantas otras, por lo demás, para las que no cabía la disculpa de la ausencia, que se habían convertido en relaciones mecánicas, falsas, con gentes que insistían en abrazarlo en la calle, lo llamaban “hermano” y anunciaban enfáticamente que era indispensable comer juntos una de estas noches. Respondía que sí, por supuesto, y no volvía a verlas hasta un par de años más tarde en que se repetía la escena. Había terminado el tiempo de la amistad, los amigos estaban casi todos casados, algunos se habían vuelto personas muy serias con una rapidez asombrosa y, como todos debían levantarse temprano, el vagar por las calles hasta el amanecer hablando de cualquier cosa, al igual que las juergas (que Carlos siempre encontró deprimentes) quedaba para los

muchachos. Estaba dispuesto a reconocer que él mismo no era una excepción, envejecía también y, como todo el mundo, acabaría por casarse. “Lo que a ti te hace falta es una buena chica” le había dicho, una vez más, su cuñada Elvira que, siendo menor que él, adoptaba una actitud de hermana mayor y hasta de tía honoraria. “Todas las chicas son buenas”, contestó Carlos de buena fe pero levantó la copa de pisco para que le diera la luz de la lámpara y mirando el tenue resplandor se quedó pensando: las mujeres, las mujeres... Ana, por ejemplo, que se había ido convirtiendo, casi sin que él se diera cuenta, en una obligación. No sabía qué le molestaba más, si el hecho de que sus visitas fueran cada vez más breves y espaciadas o el que, pasadas una o dos semanas, volviera por simple costumbre, por inercia, negándose a reconocer que ya no valía la pena, malogrando con esas tardes frías y oscuras las otras tardes, luminosas, del verano. A veces estaban juntos menos de una hora, casi no se hablaban, y uno de ellos fingía recordar un compromiso para separarse cuanto antes. Un día llamaron a la puerta y Carlos, seguro de que era Ana, dejó que el timbre sonara dos o tres veces, decidido a no abrirle. Luego se dio cuenta de que era ridículo esconderse, fue a la puerta y resultaron ser dos de sus alumnos. No los hizo pasar, les pidió que lo buscaran en la Universidad, donde tenía horas asignadas a estas entrevistas. Cuando se fueron se sintió molesto consigo mismo, no sabía si porque había creído encontrarse con Ana o por haber sido descortés con los muchachos. Salió a buscarlos, los encontró esperando un ómnibus, les invitó un café y en penitencia los escuchó toda la tarde. Poco después trabajó varios

días en la Biblioteca Nacional y al llegar a casa una noche encontró un papel bajo la puerta: “Saludos profesor. A.”. Le hizo gracia: no podía decir que Ana se impusiera demasiado, le bastaba dar aviso de que existía y había pasado a verlo. Desde que se fuera a Chosica venía muy poco, aunque Chosica no es el fin del mundo, mucha gente vive allí el año entero y baja a Lima todos los días. Carlos se imaginaba a Ana imaginando la neblina limeña, tendida al sol en su jardín, con anteojos negros. Tenía razón, después de todo, nada peor que esas reuniones suyas en que las sábanas parecían mojadas por la humedad del aire. Se veían tan poco que terminarían sin escenas.

En junio vino a Lima un profesor francés amigo del Decano y Carlos tuvo que pasarlo por la ciudad, acompañarlo a los museos y luego esperarlo en el aeropuerto a su vuelta de la inevitable visita al Cusco. (“¿Qué le pareció el Cusco?” le preguntó, por ser amable. “No está mal” le dijo el francés). La víspera de su partida el Decano los invitó a almorzar —debía tratarse de alguien importante— en un restaurante de lujo. Llegaron tarde, pues cuando Carlos pasó por él a su hotel al mediodía el francés quiso todavía hacer unas compras de última hora y, en una tienda, dudó largamente antes de elegir entre dos mantas de colores. El Decano los esperaba en la puerta del restaurante conversando con un amigo, que presentó a Carlos: era el marido de Ana. Carlos se sintió sorprendido, un poco indignado; era un hombre mucho menor de lo que pensaba, de su misma edad o muy poco mayor, seguro de sí, elegante. Se estrecharon la mano, Carlos consciente de su propia seriedad un poco solemne mientras el

otro le sonreía cordialmente, diciendo que se conocían mucho de nombre o algo semejante que Carlos no entendió bien, y subrayaba sus palabras dándole con la mano izquierda una ligera palmada en el hombro. Más tarde, ya sentados a la mesa, el Decano explicó que este amigo suyo que los había saludado acababa justamente de volver de París la semana pasada. Carlos no sabía nada de ese viaje, quizá Ana había estado ausente y por eso no la había visto en tanto tiempo. Preguntó si acaso la mujer no había sido alumna de la Facultad, y el Decano respondió que sí y añadió, riéndose, que seguramente no había acompañado al marido, quien más bien tenía fama de viajar con la mujer del prójimo. Acto seguido contó dos o tres chismes a los que Carlos no prestó atención, aunque creyó entender que el marido de Ana era o había sido amante de señoras muy conocidas de Lima. El Decano estaba encantado pues había demostrado a un tiempo su agudo ingenio, su falta de prejuicios y sus excelentes relaciones, el francés escuchaba las historias con aire divertido pero a Carlos se le habían pasado las ganas de conversar y el apetito. Le molestaba que el marido de Ana no fuese como se lo había imaginado: sólo entonces cayó en la cuenta de que pensaba en él como un hombre mayor y, aun más, que le había dado sin darse cuenta la cara de otra persona, un viejo amigo de su familia casado con una mujer mucho menor que él. Hubiera preferido no conocerlo: no podía dudar que su gesto de saludo había sido amistoso, casi de complicidad, tal vez burlón. Todavía le duraba el malhumor unos días después en que Ana vino a verlo y esta vez no la dejó escapar tan fácilmente. Le contó que había visto a

su marido y como ella no respondiese añadió que su marido parecía conocerlo. Ana no se inmutó: claro que lo conocía de nombre, ella debía haberle hablado de él, tenía derecho a sus propios amigos, y como Carlos insistiera queriendo saber qué le había dicho de él, Ana contestó secamente que si acaso le estaba pidiendo cuentas. Carlos se calló, reconociendo que era él quien había incumplido las reglas —no hacer preguntas, no exigir explicaciones— pero en el tono de ella creyó distinguir algo más que el simple malhumor: una distancia, cierto aire de superioridad que de alguna manera evocaba la sonrisa condescendiente del marido. Como si Ana y el marido estuviesen de acuerdo en que él era una de esas personas que se aceptan en la casa (o en la cama) porque son un poco diferentes, buenas para pasar el rato pero a quienes no puede tomarse en serio. Disparates, claro, aunque unos meses, unas semanas antes no le hubieran venido a la cabeza: las cosas habían cambiado mucho. Después de esa tarde Ana se demoró tanto en volver que Carlos tuvo tiempo de irse haciendo a la idea de que lo mejor sería terminar.

—Tal vez sea mejor que no vuelvas —le dijo la vez siguiente.

Ana se estaba arreglando frente al espejo del cuarto de baño y Carlos la miraba desde la puerta. Toda la tarde había estado por decírselo y en un momento, mientras hacían el amor, había resbalado los labios sobre la piel de Ana pensando: última vez. Ana se detuvo un instante y, sin volverse, lo miró en el espejo.

—¿De veras quieres que no vuelva?

—Vienes tan poco.

Ana siguió maquillándose, pintándose una ceja, atentamente.

Carlos advirtió el tono de indecisión en la propia voz.

—¿Ya no es lo mismo que antes, no? —dijo, y se arrepintió de inmediato, pues dicho así, en una pregunta, era pedirle a Ana que se defendiese, se disculpase, prometiese algo.

—A lo mejor te tomo la palabra y no vuelvo más —dijo Ana—. En tu casa hace mucho frío, debías comprar una estufa.

Le hablaba con amabilidad un poco burlona, como si Carlos fuese su marido y estuviese obligada a soportarlo. Sólo una hora más tarde —se había quedado en el escritorio, fumando cigarrillo tras cigarrillo y sin decidirse a trabajar— Carlos se acordó de sentir celos: Ana había conocido a alguien en Chosica. No se le había ocurrido antes pero en cuanto lo pensó tuvo la certeza de no equivocarse. Las últimas veces la había notado algo más que indiferente, Ana recordaba a otra persona, estaba seguro de que había alguien. Se encogió de hombros: no es que le importase mucho (¡allá ella!) pero hubiera preferido otro final, ahora no quedaba más remedio que decirle, en serio, que no podían seguir. Hizo un esfuerzo por no pensar en el asunto los días siguientes pero, al volver a verla, sucedió algo que no había previsto. Todo empezó bien, le dijo tranquilamente que sabía que ella tenía otro amante y que a él le daba igual pero que sería mejor que no regresara. Ana respondió que estaba cada vez más pesado y, con las mismas palabras que la vez anterior, si acaso le estaba pidiendo cuentas. Entonces Carlos se sorprendió de perder la paciencia, le gritó que no viniera más, que se fuera ahora mismo, estaba harto de verla. Logró serenarse para decirle que no se reconocía ningún derecho, pero que si ella quería a otro —hi-

zo una pausa, Ana no dijo nada— lo mejor sería no verse más. Ana le contestó que no se preocupara, no había sospechado que fuese tan celoso, pero la escena no pareció disgustarle, al contrario. Más tarde, en la cama, Carlos tuvo un gesto de exasperación, de brusquedad: el deseo lo llevaba a Ana y le irritaba pensar que en ningún momento había conseguido hacerle decir, aunque fuese mintiendo, que no tenía otro amante.

Durante las vacaciones de julio, trabajando todos los días, terminó al fin la tesis —no era lo que había querido hacer pero sería suficiente— y le dieron fecha para presentarla a fines de agosto. El Decano le explicó que en vista de que él (Carlos) no había contestado las cartas en que le pedían sus datos para otorgarle la beca, él (el Decano) había escrito en nombre suyo (de Carlos) para confirmar la fecha de llegada y adelantar que participaría en un seminario. Carlos no se había ocupado de la beca, creyendo que siempre habría tiempo; ahora se vio ante la inminencia del viaje y no le gustó sentirse comprometido. Le costó mucho decir que tal vez no pudiera viajar, por asuntos de familia, y el Decano sonrió, imperturbable, y le pidió que le avisara cuanto antes. En cambio, esa misma noche, Alfonso puso el grito en el cielo. Irse a Europa por uno o dos años sería una pérdida de tiempo, aparte de que significaba embarcarse definitivamente en la carrera de profesor universitario, un verdadero desatino. Justamente se estaba formando una empresa importante, podría encontrarle un empleo. Carlos le respondió que quizá tuviese razón, el viaje a Europa no era aún del todo seguro. En vez de tranquilizar a Alfonso esto lo alarmó más. Carlos debía estar completamente lo-

co: lo irritante, el colmo de la irresponsabilidad no era que se fue o no a Europa o al Cuerno, sino que no tomara una decisión. Y lo cierto, tuvo que admitir Carlos para sí, es que no la había tomado: no era que tuviese ganas de irse y de quedarse a un tiempo sino que no quería hacer ninguna de las dos cosas. Quedarse era seguir con el aburrimiento, la depresión, el invierno interminable. Irse tampoco tenía sentido, no le interesaban los estudios, ni conocer otros países, ni viajar. Ana, en cambio, no entendía que estuviese en Lima un solo día más de lo necesario. Carlos trató de explicarle que se había pasado el momento, años atrás habría partido lleno de entusiasmo pero ahora la idea de vivir en otra parte, de ponerse a estudiar nuevamente, ya no le provocaba nada. (Usó estas palabras, que no eran suyas sino de Ana: "ya no me provoca"). ¿Pero no le había dicho que su verdadera vocación era la de estudiante? Esto debía ser algo que le dijera tiempo antes, durante el verano, y que Ana se lo recordase ahora le pareció una deslealtad. En todo caso, una de las mejores razones para irse a Europa sería romper definitivamente con ella. Se iba dando cuenta de que le costaría más trabajo de lo que había pensado y, al final, para su sorpresa, todo resultó muy sencillo. Una tarde Carlos vio a Ana como no la había visto en muchos meses, llena de una alegría que nada tenía que ver con él. Verla tan contenta, canturreando por la casa, le fue casi insoportable. Al momento de despedirse, sin alzar la voz, sin cólera, le pidió por favor que no volviese. Le pareció que Ana estaba a punto de decir algo y se contenía. Lo miró nada más, un momento, quizá con cierta tristeza.

—Está bien —le dijo—. Tienes razón, es mejor.

Abrió la puerta y se fue. No se dijeron nada más, no se dieron la mano, no se tocaron. Lástima de final después de tan buen comienzo, se dijo Carlos, pero no había más remedio. Ni siquiera tuvo tiempo de pensarlo: los días que siguieron estuvo muy ocupado haciendo copiar y encuadernar la tesis, sacando el pasaporte, reservando los pasajes y recorriendo los laberintos del Ministerio de Hacienda por unos impuestos que no había pagado y que, después de muchos trámites, resultó que no debía pagar. La mañana que presentó la tesis en la Universidad casi desierta por las vacaciones de medio año, ante los jurados y unos cuantos muchachos que no encontraron nada mejor que hacer, Ana (no la había visto entrar) apareció sentada en una banca junto a la puerta. Cuando Carlos terminó la exposición era más de la una, habían comenzado tarde; le hicieron dos o tres objeciones de compromiso, lo aprobaron y lo invitaron a sentarse durante un momento ritual junto a los catedráticos. El Decano se inclinó hacia él y le preguntó si estaba libre para almorzar. Carlos se negó, diciendo que lo esperaban en casa de su hermano: naturalmente ni siquiera le había dicho a Alfonso que debía presentar la tesis, quería salir con Ana y la manía del secreto lo llevó a inventar esa excusa. Lo divertido fue que al ponerse de pie él y sus nuevos colegas, Ana vino a darle la mano, estuvo a su lado mientras los demás lo felicitaban —el Decano la saludó con toda naturalidad, siempre el perfecto hombre de mundo— y luego salieron juntos del brazo, con lo cual su discreción no sirvió de nada. Almorzaron en el centro, cerca de la Universidad, sin hablar de la última

vez. Carlos le explicó sus planes de viaje. Ana había estado dos veces en Europa, en viajes cortos, lo que más le gustaba era Italia, y en España, en la mera Sevilla, había sentido un frío horrible (¡no me digas!). Fueron en el auto de Carlos —Ana no había traído el suyo, como en los buenos tiempos— hasta Miraflores; Ana dijo que quería ver el mar y siguieron por el malecón, bajaron la quebrada de Armendáriz y se detuvieron a fumar un cigarrillo. Se les ocurrió dar una vuelta por la playa (mar gris, cielo gris) pero soplaba un vientecito helado que los desanimó. Se besaron en el auto, como una pareja de enamorados, y luego fueron a casa de Carlos. Ana se quedó hasta las ocho. Carlos quería acompañarla pero ella dijo que no, la estaba esperando una amiga que la llevaría a Chosica. Ya volverían a verse antes de la partida. De modo que, a fin de cuentas, las cosas acaban bien, pensó Carlos. Era la primera vez que habían salido juntos en pleno día, como si Ana no fuera casada: la despedida. Dentro de quince días, en Europa, esta tarde sería un recuerdo agradable y lejano.

Sólo que dos días después, mientras esperaba que cambiase la luz roja del Paseo Colón, Carlos vio a Ana en un auto sport conducido por alguien que no era el marido. Mirando distraídamente delante suyo había detenido la vista en uno de esos autos italianos de líneas bajas y largas y en quien lo manejaba, un hombre de su misma edad a quien veía de perfil, riéndose y mostrando la dentadura sin duda impecable, como salido de una película o de un aviso y, de pronto, la mujer que estaba a su lado y se daba vuelta para sonreírle, acercando su cara a la de él, era Ana.

Carlos adivinó más que vio los gestos, el hombre que levantaba la mano para tocar a Ana en la nuca con una caricia falsamente amenazadora, fingiendo dar un golpe: vio la mano sobre la nuca que el moño dejaba al descubierto. Maldijo en voz alta, miró para otro lado, encendió un cigarrillo. Hubiera querido bajarse del auto, ir hasta ellos —¿para qué?—, desaparecer. Cambió la luz, los autos avanzaron, los perdió de vista y volvió a encontrarlos. Bajaban por la Avenida Arequipa, separados de él por tres o cuatro autos. Ana no lo había visto. Carlos hablaba en voz alta consigo mismo diciéndose que no era asunto suyo, insultaba a Ana, se aconsejaba no perder la calma. ¿Acaso no lo sabía desde mucho antes? A la altura del Bosque doblaron a la derecha. Carlos siguió adelante pero comprendió inmediatamente que Ana iba a su casa, que entonces no estaba viviendo en Chosica como le había dicho, y esta mentira lo indignó. Frenó bruscamente, dio vuelta a una esquina —los autos que lo seguían casi se estrellan contra él, oyó frenazos, gritos— y fue muy rápido, temía que se le escaparan, a darles el alcance. Desde lejos vio el auto sport ante el mismo parque en que él dejara a Ana meses antes. Carlos pasó junto a ellos, se detuvo un poco más allá, bajó dando un portazo. Ellos también bajaban del auto, le pareció que el otro tenía la boca abierta, como si tragara aire, Ana lo miraba con aire molesto y dijo unas palabras que Carlos no entendió. El otro venía a su encuentro.

—Creo que usted se equivoca —dijo el otro (chaqueta azul, camisa abierta, pañuelo al cuello) en un tono que trataba de ser cortés, disculpándose. Algo o alguien en Carlos contemplaba la

escena con curiosidad, la encontraba absurda, se preguntaba cómo iba a terminar y suponía que el otro debía creer que se había tropezado con el marido.

—Por aquí no pasa nadie —dijo Carlos.

Fue lo único que se le ocurrió y al momento de decirlo la frase le pareció idiota. Trataba de que los ojos no se le llenaran de lágrimas, quería ponerse a gritar como un chico, decirle a Ana que lo había engañado, no estaba en Chosica sino en su casa, en su casa. Ana le pedía al otro que se fuera, el otro contestaba que esto lo arreglarían entre hombres: había cambiado de tono. Carlos repitió:

—Por aquí no pasa nadie.

Todavía lo estaba diciendo y Ana pasó junto a él sin que atinara a hacer nada: la vio pasar a su lado, sin mirarlo. Unos pasos más allá se dio vuelta y le hizo al otro un gesto de despedida. Carlos fue hasta ella, la cogió del brazo. Ana se soltó, sin violencia.

—¿Te has vuelto loco?

Después de la voz de Ana, dominada, casi tranquila, apenas con un estremecimiento de cólera o disgusto, escuchó la suya, ronca, que se ponía a gritar contra su voluntad.

—Te dije que no volvieras más. No vuelvas más. No quiero verte más.

—Por supuesto —dijo Ana—. Esto es muy desagradable.

Dio media vuelta y se alejó sin apresurar el paso ni volver la cabeza. Durante un momento que a Carlos le pareció muy corto la miró irse, desaparecer en la esquina. Sentía una opresión en el

pecho: la rabia, la vergüenza, algo semejante al miedo. Ahora voy a romper la cara a ese hijo de puta pensó, pero, al darse vuelta, encontró la calle desierta, silenciosa: el hijo de puta se había ido sin que él se diera cuenta. Carlos corrió al medio de la calle, desafiante, y gritó un insulto al aire, al otro que no lo había esperado, a la noche que se le venía encima. Volvió al auto y abrió la puerta; antes de subir (esto fue del todo inesperado, ni él mismo ni la parte que lo observaba supieron lo que iba a hacer) se volvió a un lado y lanzó, con la izquierda, un puñetazo contra un árbol. El dolor vivísimo lo distrajo, lo poseyó el vértigo del dolor físico y, apoyado en el auto para no caer, se dijo: "ya me partí la mano". Tuvo que esperar un buen rato sentado en el auto respirando hondamente el aire fresco. Luego fue muy despacio hasta la Clínica Americana, que era lo que le quedaba más cerca. Le hicieron una radiografía y no se había roto el hueso, pero tenía la mano hinchada y le dolía todo el brazo. Cuando le preguntaron respondió que se había caído, el médico que lo curaba levantó la vista y no dijo palabra. Como si alguien lo hubiese tocado en el hombro en un gesto de provocación, se había dado vuelta para golpear con fuerza, inclinándose ligeramente para que el golpe llevara todo su peso. Alfonso le diría que basta con los alcaldes que acaban con los árboles de Lima, no hay para qué meterse con los pocos que sobreviven. Al salir, la enfermera que le había puesto el brazo en cabestrillo no logró contenerse:

—No parece una caída.

—No me diga —contestó Carlos—. Qué cosa tan rara.

Al llegar a casa estaba más sereno, el calmante que le dieron en la clínica surtía efecto y casi no le dolía la mano. Salió a comer algo y mientras bebía el café se prometió que pronto, en Europa, se reiría de todo esto. Ahora se sentía muy cansado, como si hubiera caminado el día entero, y con sueño. Leyó un rato en la cama, hasta darse cuenta de que pasaba página tras página sin reparar en lo que leía. Apagó la luz. ¿Tendría tiempo de alquilar el departamento? Mejor sería encargárselo a Alfonso, siempre tan eficaz para estas cosas. ¿El auto? Trató de no pensar en nada. Otra vez le dolía la mano, unas punzadas sordas que llegaban hasta el codo. Se levantó a tomar una aspirina, de nuevo intentó leer pero fue inútil. Beber algo lo calmaría. Elvira le había regalado una botella de ese pisco viejo: le costó trabajo descorcharla, cortar torpemente el limón tratando de no pensar en nada, concentrándose en cortar el limón en rajas, en el dolor que irradiaba de la mano, menos mal que era la izquierda. Tenía fiebre. Se sentó en la sala con las luces apagadas y bebió pisco con limón. Toda la escena había sido absurda, absurda la frase "Por aquí no pasa nadie" que repitiera como un perfecto imbécil. Se llamó imbécil en voz alta: si solamente pudiera emborracharse y dormir, la mano le dolía mucho, tomó otra aspirina, dio vueltas por el departamento bebiendo pequeños sorbos, tratando de no pensar, cada vez con más miedo. "Qué desagradable" había dicho Ana y Carlos escuchó el tono de su voz: un tono de indiferencia, de fastidio. Despertó sobresaltado, se había dormido en el sillón. Quiso ver la hora pero había dejado el reloj sobre la mesa de noche, más valía no buscarlo, no ponerse nervioso. Fue a la cocina a ser-

virse un poco más de pisco y le dio náuseas, apenas tuvo tiempo de llegar al cuarto de baño y vomitó con violencia arrodillado junto al retrete, quejándose, la mano en la frente. Luego estuvo sentado en el suelo hasta que el corazón dejó de darle golpes en el pecho y, ya repuesto, se lavó la cara y fue al dormitorio. Intentó dormir y de inmediato sintió que le faltaba el aire, abrió la ventana para que entrase a la habitación el frío de la noche. Miró desde arriba la calle vacía, el débil resplandor de las luces en la neblina. Recordó el día que había visto llegar a Ana, levantar la cara sonriendo: al echarse hacia atrás se golpeó la mano en la ventana y el dolor lo hizo gritar. Fue a tenderse a la cama y, dándose por vencido, se atrevió por fin a pensar que tendría que ver a Ana, que haría cualquier cosa, aceptaría cualquier humillación —la de hoy no sería sino la primera entre muchas— con tal de verla. ¿Alguna vez había creído de veras que podría dejarla, irse a Europa? Era como un enfermo cansado de engañarse, derrotado, que se somete a la verdad: el dolor en la mano le anunciaba lo que aún le quedaba por sufrir, la enfermedad que había llevado en sí mismo, negándose a reconocerla, y de la que no lograría curarse en mucho tiempo. Al amanecer, agotado, se durmió.